



El diario *Clarín* y la construcción discursiva del golpe de Estado de marzo de 1976 en Argentina

*Micaela Iturralde**

Resumen

Este artículo analiza los posicionamientos editoriales del diario argentino *Clarín* entre el retorno a la democracia en 1973 y el golpe de Estado de marzo de 1976 y, en particular, las estrategias discursivas puestas en marcha por el medio gráfico para legitimar la intervención de las Fuerzas Armadas y su actuación de gobierno durante la primera etapa del llamado Proceso de Reorganización Nacional. Considera que el matutino reflejó los planteos del partido político conocido como Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), pero a la vez, puso en juego sus propios intereses empresariales. Las relaciones entre *Clarín* y el “proceso” se caracterizaron por un intercambio público de elogios y por importantes coincidencias políticas y empresariales que se tradujeron en el plano discursivo pero también material.

Palabras clave: *Clarín*, construcción discursiva, golpe de Estado, Fuerzas Armadas.

Recibido: Enero 2013 • Aceptado: Mayo 2013

* Universidad Nacional de Mar del Plata. micaelaiturralde@gmail.com

The Clarín Newspaper and Discursive Construction of the Coup d'État of March, 1976, in Argentina

Abstract

This article analyzes the editorial positions of *Clarín*, an Argentinian newspaper, between the 1973 return to democracy and the March, 1976, coup d'état. It examines the discursive strategies used by *Clarín* to legitimize intervention of the armed forces and their performance in government during the National Reorganization Process. The newspaper reflected the proposals of the political party known as the Movement for Integration and Development (Movimiento de Integración y Desarrollo-MID) to put their own business interests into play. Relations between *Clarín* and the process were characterized by a public exchange of compliments and by important political and managerial coincidences which were translated on the discursive as well as the material plane.

Keywords: Clarín, discursive construction, coup d'état, armed forces.

En el presente artículo se ofrece un recorrido por los cambios en el posicionamiento editorial del diario argentino Clarín, entre el regreso de la democracia y el peronismo al poder en 1973 y la concreción de un nuevo golpe de Estado en marzo 1976, a fin de analizar la construcción discursiva y periodística de los acontecimientos y los mecanismos de creación de consenso instrumentados por el medio gráfico en la coyuntura.

En el clima de desafección general de la sociedad frente al gobierno peronista, el diario Clarín esgrimió un discurso favorable a los proyectos refundacionales de las Fuerzas Armadas (en adelante FFAA) y ensayó toda una serie de estrategias de validación del régimen militar que trascendieron el contexto golpista y fueron reproducidas durante los primeros años del llamado Proceso de Reorganización Nacional, que gobernó el país entre 1976 y 1983, colaborando con su legitimación frente a la opinión pública. La legitimidad de origen o de título, de ejercicio, y de fines o de destino, según las cuales el caos reinante en el gobierno peronista, la eficacia y la coherencia con que las FFAA restablecieron el orden y la paz social, y la promesa de una democracia sólida y duradera, pueden reconocerse en la construcción discursiva que desde las páginas del dia-

rio se hizo de los principales acontecimientos políticos del período, a fin de esgrimir fuentes de consenso en torno al golpe y al ejercicio autoritario del poder por parte de los militares.

“El gran diario argentino”

El 28 de agosto de 1945 salió a la venta el primer número de *Clarín*. Con el lema “Un toque de atención para la solución argentina de los problemas argentinos” se abría la historia del matutino según señalaba su fundador y director, el abogado y político Roberto J. Noble¹ en el primer editorial,

“no tiene vinculaciones ni compromisos con ninguna de las agrupaciones políticas tradicionales. Desde que es y será un diario informativo e independiente, no podría tenerlas. El único y exclusivo compromiso que contrae es con la nación y consiste en reflejar exacta y objetivamente los hechos de la vida colectiva, analizarlos, juzgarlos a la luz de la verdad y de las conveniencias nacionales” (Clarín, 1945 agosto 28: 10).

El matutino, de formato tabloide, que apelaba a las clases medias y lo hacía a partir de un lenguaje más popular y accesible que los diarios de la época, tuvo una carrera ascendente desde su aparición. Pese a su oposición al gobierno de Juan Domingo Perón, en 1951 se vio claramente beneficiado por sus medidas cuando, a causa de la expropiación del diario *La Prensa*, *Clarín* captó el flujo de lectores y, sobre todo, la gran masa de avisos clasificados que habían pertenecido al primero, lo cual repre-

1 Abogado de profesión, Noble había ingresado en el Partido Socialista cuando estudiaba en la universidad. En 1927, estuvo entre los fundadores del Partido Socialista Independiente, por el cual fue electo diputado nacional 1930. El golpe de Estado dejó sin efecto sin mandato, no obstante, en las elecciones de 1931 volvió a ser elegido. Entre 1936 y 1939 se desempeñó en el Ministerio de Gobierno de la gobernación de Manuel Fresco en la provincia de Buenos Aires. Luego se retiró de la política para dedicarse por un tiempo a la actividad agropecuaria. En ese período, comenzó a hacerse la idea de fundar un diario, lo cual tendría lugar recién en 1945. Desde muy joven Noble había estado en contacto con la actividad periodística. Había trabajado en la sección deportiva de *La Nación*, sido uno de los fundadores del semanario *Crítica Social* y se había desempeñado como director del periódico de su partido.

sentó un paso fundamental para su consolidación como empresa (Ramos, 1993). En la década de 1950, *Clarín* era uno de los diarios de mayor tirada en la Capital Federal y ya para fines de la década de 1960, ocupaba los primeros puestos a nivel nacional.

A pesar de las aclaraciones de Noble acerca de la independencia ideológico-partidaria del matutino, desde fines de la década de 1950 hasta 1981, *Clarín* asumió como propio el ideario político del desarrollismo encabezado a nivel nacional por Rogelio Frigerio y Arturo Frondizi. A partir de la presidencia de este último, el matutino de Noble representó desde sus páginas la propuesta desarrollista y en la década de 1970, esta vinculación se concretó en una alianza ideológica, política e incluso financiera con el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) (Borrelli, 2008; Llonto, 2007).

A causa del fallecimiento de Noble en enero de 1969, su esposa, Ernestina Herrera, lo sucedió en la dirección del diario, cargo que ejerce aún hoy en día. Ya con esta nueva dirección, el ingreso y la influencia desarrollista se formalizaron y diferentes hombres del MID oficiaron como secretarios de redacción, adaptando la línea editorial de este medio, en particular la de las secciones estratégicas de economía y política, a los principales puntos de la doctrina desarrollista. En el reparto de tareas, la línea editorial quedaba en manos de los desarrollistas mientras que en la redacción se iniciaba en 1975 una etapa de transformaciones en las que intervendría, fundamentalmente, el periodista Marcos Cytrynblum². Este último desempeñó el cargo de secretario general de redacción desde fines de 1975 hasta 1990, años en que *Clarín* logró su liderazgo indiscutido; fue el hacedor de algunos cambios fundamentales en la organización del matutino y en la composición de la redacción que implicaron un proceso de profesionalización periodística fundamental para el crecimiento del medio gráfico, que no tardaría mucho en dificultar la participación de los miembros del MID.

2 Había ingresado al diario en 1960 y tras pasar como periodista por las secciones información general, política e interior, en 1970 quedó a cargo de la red de corresponsales y de toda la información de las provincias. Durante su gestión como secretario general, “se vivió una suerte de reposicionamiento de las llamadas secciones blandas, deportes, espectáculos, entre otras, y *Clarín* pudo ampliar su ventaja a la competencia” (López, 2008).

Tradicionalmente, el diario abría con la sección “Internacionales”, a las que le seguían, en orden variable, las de “Economía”, “Gremiales”, “Información General”, “Policía”, “Política” y “Deportes”, entre las más importantes de las fijas. Cytrynblum introdujo cambios en este ordenamiento y a partir del 24 marzo de 1976, una fecha no casual para poner en funcionamiento las modificaciones, instaló la sección de política nacional como apertura del diario.

Para reforzarla, incorporó a quienes fueron durante décadas los periodistas más importantes del medio: Joaquín Morales Solá³, Ricardo Kirchsbaum⁴ y Eduardo van der Kooy⁵.

Clarín antes del golpe (1973-1976)

Si se tiene en cuenta que en la década de 1970 la prensa gráfica era el medio de comunicación masiva más popular, se comprende con facilidad la posición estratégica en la que se encontraban los diarios, dado que el alto grado de politización de la época los convertía en un instrumento fundamental para los debates políticos y en un escenario privilegiado para las disputas de poder entre diferentes grupos –en especial– los del fracturado peronismo. Respecto de las relaciones entre el gobierno y el medio gráfico analizado es posible consignar tres momentos: el primero,

- 3 Comenzó su carrera periodística desde muy joven, cuando ingresó a trabajar en el diario La Gaceta de Tucumán, de donde es oriundo y donde su padre era jefe de redacción. A los 20 años, se convirtió en el corresponsal de Clarín en la provincia y en 1975 se trasladó a Buenos Aires para incorporarse como prosecretario de la sección Política. En 1978, Morales Solá ya era el segundo jefe de redacción y el encargado de la columna política dominical, puesto que conservará hasta 1990, año en el que se retira del diario.
- 4 También oriundo de la provincia de Tucumán, se incorporó a la redacción de Clarín en 1976, en la que desempeñó los cargos de redactor, jefe y editor de la sección política nacional. Fue, junto con Morales Solá y Eduardo van der Kooy, uno de los principales columnistas políticos del diario. En 1991 fue designado subdirector periodístico del diario hasta que en 2003 fue nombrado editor general, puesto que ocupa hasta la actualidad.
- 5 Proveniente de El Cronista Comercial, ingresó a la sección “Política” de Clarín también en 1976. Fue, durante los años de la dictadura uno de los columnistas de esta sección, para luego desempeñarse como editor del diario y continuar siendo, hasta la actualidad, uno de sus principales analistas políticos.

de alianza estratégica, signado por la participación del MID en el partido de gobierno; el segundo, de fuertes disidencias entre el desarrollismo y el gobierno que experimentó un paulatino endurecimiento y viraje hacia la “derecha”; y un tercero y último, de salida del MID del Frejuli y de clara oposición a la conducción peronista y de posterior apoyo a las proclamas golpistas.

A comienzos de 1973, y debido al acuerdo entre Perón y Frondizi y a la integración del MID en el frente electoral (Frejuli) que llevó al peronismo nuevamente al gobierno, Clarín brindó desde sus páginas un tratamiento complaciente al breve gobierno de Cámpora y a los primeros meses del de Perón, manteniendo sin embargo una postura crítica frente a la gestión que desde la cartera de economía llevaba adelante José Ber Gelbard.

A pesar de su cercanía al partido oficial, el diario no quedó al margen de las disputas políticas que estallaron en el Movimiento Nacional Justicialista y, producto de éstas, sufrió un atentado en sus instalaciones de la calle Piedras. El 9 de septiembre de 1973, el abogado Bernardo Sofovich, apoderado legal del matutino, fue secuestrado por el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) “22 de agosto”, una fracción disidente de la organización armada liderada por Mario Roberto Santucho.

A cambio de la liberación del abogado, pedían que se publicasen tres solicitadas que les dieran la visibilidad pública que buscaban y explicasen que a diferencia del ERP de Santucho, el grupo apoyaba al gobierno de Cámpora. Transgrediendo el artículo 212 del Código Penal, que sancionaba la difusión de comunicados de organizaciones guerrilleras, Clarín cedió ante la presión de los secuestradores, sin informar del hecho a la policía.

En directa relación con la publicación de las solicitadas, el lunes 10 de septiembre, mientras Sofovich, liberado pocas horas antes, brindaba una conferencia de prensa en el edificio del diario, una banda de treinta hombres de la derecha sindical peronista ingresó a fuego de metralla y, tras lanzar bombas incendiarias, se llevó dinero, causó destrozos e hirió a parte del personal (Llonto, 2007; Borrelli, 2008).

El atentado y la respuesta dada días después por el general Perón aumentaron las disidencias entre el MID y el Partido Justicialista del

Frente que compartían⁶. Las críticas a la administración Gelbard y a su propuesta de Pacto Social que hacían hincapié en lo que el diario se calificaba como “excesos del populismo redistribucionista”, profundizaron el conflicto entre el matutino y el tercer gobierno peronista. En 1974, este último sancionó económicamente al diario reduciéndole la cuota de publicidad estatal. Un acuerdo entre Gelbard y Frigerio volvía atrás la medida con la condición de que el periodista Oscar García Rey fuese aceptado como jefe de la sección “Economía” del diario y estuviese encargado de controlar su línea editorial. La salida del gobierno, en octubre de 1974, del ministro de Economía dejó pronto sin efecto los términos del pacto, no obstante desde la redacción se implementarían las medidas necesarias para evitar un enfrentamiento directo con el peronismo, aunque sin escatimar en críticas por el rumbo que éste iría tomando.

El episodio del atentado a Clarín, más allá de su importancia para la historia institucional del diario, deja entrever algunos rasgos típicos del ejercicio periodístico durante la particular coyuntura política de los años 1973-1975. En un tiempo signado por la violencia política, los periodistas y los medios de prensa se encontraban en el fuego cruzado entre las organizaciones armadas de izquierda y los grupos parapoliciales de derecha. Las amenazas, presiones y atentados se convirtieron en vivencias propias del oficio durante esos años y la escalada de violencia política luego de la muerte de Perón, en julio de 1974, imprimió una serie de rasgos particulares a la comunicación periodística, que acentuaron las diferencias iniciales entre Clarín y el gobierno. En este contexto, el gobierno nacional aplicó una serie de medidas censoras que restringían la libertad de prensa, entre las que se encontraban la clausura de diarios y la asfixia económica mediante la quita de publicidad oficial –como vimos– o la política sobre la importación de papel.

Asimismo, el gobierno elaboró y puso en vigencia un andamiaje legal para limitar el accionar periodístico, el cual formaba parte de una eta-

6 Ante la pregunta acerca del atentado sufrido por el diario, el general Perón respondió que “el que procede mal suele sucumbir víctima de su propio mal procedimiento. Ahí por parte de Clarín ha habido un mal procedimiento y alguno que se ha sentido herido por ese mal procedimiento, le ha metido otro mal procedimiento”. Documental “Clarín. Un invento argentino”. Disponible en: <http://www.youtube.com/watch?v=UKhVBnVIxZc> (Consultado el 04/03/2013).

pa de sistematización del discurso de censura cultural que venía teniendo una fase acumulativa desde inicios de la década de 1960 (Avellaneda, 1986). El decreto 587, de agosto de 1973, prohibía a las agencias de noticias extranjeras suministrar informaciones sobre la realidad nacional dentro del territorio argentino y, en forma complementaria a esta decisión, el 14 de mayo de 1975, por medio del decreto 1273, se creaba una oficina denominada “Registro de Agencias Noticiosas”, en la que debían inscribirse todas las agencias de noticias que desarrollaban sus actividades en el país. La ley Nº 20.840, conocida como de “Seguridad Nacional” o “antisubversiva”, de septiembre de 1974, que en su artículo primero establecía que “será reprimido con prisión de tres a ocho años (...), el que para lograr la finalidad de sus postulados ideológicos, intente o preconice por cualquier medio, alterar o suprimir el orden institucional y la paz social de la Nación”, contenía asimismo un artículo directamente dirigido a los medios de comunicación en el que se establecían penas de prisión a “los redactores o editores de publicaciones de cualquier tipo, directores y locutores de radio y televisión, o responsables de cualquier medio de comunicación, que informen o propaguen hechos, imágenes o comunicaciones de las conductas previstas en el artículo 1º”.

La actitud del poder político ante los medios de comunicación desembocó en un enfrentamiento público entre el gobierno y las empresas periodísticas, basado en una serie de acusaciones cruzadas que denunciaban, del lado del gobierno, el accionar de lo que llamó “terrorismo periodístico”. Desde mediados de 1975, en particular desde la implementación del plan de ajuste económico conocido como Rodrigazo⁷, el rumbo del gobierno peronista se volvió cada vez más errante, acentuado por la crisis de legitimidad de la figura presidencial y la profundización de los conflictos internos del partido de gobierno.

En respuesta, algunos órganos de prensa pusieron en marcha una campaña de desprestigio de la administración conducida por María Estela Martínez, viuda de Perón, sin embargo, el posicionamiento del matutino analizado no significó un consenso explícito y activo hacia el golpe de Estado hasta la salida del MID del FREJULI en diciembre de 1975.

7 Se conoce con el nombre de Rodrigazo al ajuste cambiario y tarifario dispuesto por el Ministro de Economía Celestino Rodrigo el 4 de junio de 1975.

Como explica Borrelli, este hecho “implicó un distanciamiento definitivo del proceso político conducido por el peronismo y de la creencia en la capacidad institucional del Estado de derecho para hacer frente a la crisis nacional” (Borrelli, 2008: 122), que se materializó en una acentuación de las críticas al gobierno y en un veto constante a sus propuestas de salida de la crisis, como así también a las ensayadas por otros actores políticos tradicionales, como el congreso, los sindicatos y los demás partidos políticos. Entre diciembre de 1975 y el 24 de marzo de 1976, en un marco de desafección general de la sociedad civil hacia el gobierno, el diario actuó claramente como caja de resonancia para los rumores golpistas y, en la particular coyuntura, otorgó su aval a soluciones que excedieran el marco democrático institucional.

Clarín y el golpe de marzo de 1976: la construcción discursiva de un “final inevitable” y de un “buen punto de partida”

El distanciamiento del diario respecto de la administración peronista fue simultáneo y proporcional al crecimiento de la presencia militar en sus páginas. Las FFAA volvieron a ser actores centrales en el escenario político de 1975 y este protagonismo se trasladó al matutino, que no sólo informó acerca de los avances que en el terreno propiamente militar se daban, en la llamada “lucha contra la subversión”, en el marco del llamado Operativo Independencia que se desarrollaba en la provincia de Tucumán, sino que además en su sección “Política” brindó espacio a opiniones de diferentes figuras del ámbito castrense, sobre la realidad nacional y cubrió minuciosamente cada una de sus actuaciones.

En sus editoriales de los meses previos al golpe, *Clarín* ofreció a sus lectores una particular interpretación de la situación nacional, de fuerte inspiración desarrollista, en la que la causa fundamental de la crisis que sufría la Argentina se encontraba en el fracaso del modelo estatista y redistribucionista del peronismo. Para el diario, todos los elementos que se conjugaban para poner al país en el “abismo” en el que estaba, entendiéndose, la “subversión”, la “corrupción”, el “vacío de poder”, la “parálisis económica”, eran producto del subdesarrollo nacional y de la postergación indefinida del tan mentado “cambio de estructuras”, que el matutino venía reclamado desde hacía años. La explicación, de corte neta-

mente economicista, aunaba todas las problemáticas de la administración peronista en la causa única relativa a los llamados “excesos del populismo redistribucionista”.

La receta desarrollista para salir de la crisis, propuesta por el diario, tenía como condimento fundamental la refundación del país, sobre la base del programa económico que se había visto truncado con el golpe de 1962. Este elemento del ideario desarrollista encontraba claras coincidencias con el discurso mesiánico y refundacional que las FFAA enarbolaron en la particular coyuntura de 1976. “La percepción de una crisis terminal y la búsqueda de transformaciones drásticas, refundadoras, formaron parte del trasfondo de representaciones y creencias comunes que amasaron la experiencia social de los 70” (Vezzetti, 2002: 18) y sentaron las bases de esta coincidencia, que se revelaría sólo temporaria, entre el MID y las FFAA.

El sesgo fuertemente economicista de la concepción desarrollista proponía una visión eficientista de la política, en la que tendía a privilegiarse la economía en detrimento de cualquier otro aspecto de lo social. Para el MID, cuyo discurso fue reproducido por *Clarín*, la prioridad era la implementación de su programa económico, y al respecto, poco importaba si el contexto para hacerlo era democrático o autoritario. La negación de la política y la falta de lealtad al sistema democrático, presentes en la concepción desarrollista, y según las cuales la institucionalidad democrática no aseguraba por sí misma el cumplimiento de los objetivos desarrollistas, tendía a menoscabar la autonomía de la política, subordinándola a la economía (Yanuzzi, 1996), y en este sentido, sentaba las bases para la coincidencia con el afán golpista de las FFAA.

En los meses previos al golpe, la caracterización de la situación nacional realizada por *Clarín*, en términos de “caos” y “crisis nacional”, fue proporcional a la ponderación positiva de las FFAA como necesarias garantes del “orden” y de la “seguridad nacional”, frente al incremento de la violencia desatada por las organizaciones armadas. Los militares comenzaron a ser caracterizados como austeros y moderados, tópicos que se repitieron constantemente durante los primeros años de la dictadura y en enero de 1976, *Clarín* publicó un editorial en el que calificaba de “clara y didáctica” y con un estilo “depurado y ascético” la definición de la “subversión” dada en una entrevista por el general Jorge Rafael Videla, en la que ésta era caracterizada como un problema global que abarcaba

todos los órdenes de la vida social, más allá del estrictamente militar (Clarín, 1976 enero 25: 6).

Durante las últimas semanas antes de la ruptura del orden constitucional, el interrogante no era si las FFAA iban a dar un golpe de Estado, sino cuándo tendría lugar. El derrocamiento de la viuda de Perón fue la noticia que no fue primicia (Díaz, 2002) y para comprobarlo basta con mencionar algunos de los títulos de las notas y editoriales publicadas en Clarín, las semanas previas al golpe, y el tono catastrofista y predictivo con el que el diario informó acerca de los sucesos políticos de esos días: “Se agotan todas las instancias” (Clarín, 1976, marzo 15: 8), “La ausencia del Parlamento” (Clarín, 1976 marzo 16: 10), “El agotamiento del proceso” (Clarín, 1976: 8), “Una semana decisiva” (Clarín, 1976 marzo 19: 9, “Hasta los ‘mangueros’ han desaparecido del Congreso” (Clarín, 1976 marzo 23: 8).

Finalmente el 24 de marzo de 1976 las FFAA concretaron lo que venían planificando desde hacía meses. Luego de apresar a la presidente y a otras figuras del gobierno y ocupar los edificios gubernamentales, comunicaron al país que una junta de comandantes compuesta por miembros de las tres armas, el general Jorge Rafael Videla, el almirante Emilio Eduardo Massera y el brigadier Orlando Ramón Agosti, ejercería la conducción del Estado, asumiendo el poder político en nombre del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional. Sus metas fueron expresadas a través de un “acta fijando el propósito y los objetivos básicos” que fue difundida por los medios de comunicación (Junta Militar, 1980: 7-12). El Congreso fue disuelto y las facultades legislativas quedaron en manos del Poder Ejecutivo. Se suspendió la actividad gremial y el derecho a huelga, se intervinieron numerosos sindicatos y la CGT. Los partidos políticos también fueron suspendidos y se inició una ola de detenciones y secuestros, que si bien había tenido sus antecedentes durante el gobierno constitucional, se incrementó en magnitudes alarmantes.

La intervención militar contó con un amplio apoyo civil y con al menos, un “consenso expectante” por parte de los principales actores políticos (Yanuzzi, 1996: 7).

En este sentido, hay que recordar que el régimen en verdad fue cívico-militar ya que contó con la adhesión de importantes sectores políticos, algunos de los cuales luego se incorporó al gobierno, y tampoco le faltaron amplios avales en los ámbitos eclesiásticos, empresariales y sindicales, lo

cual no quiere decir, sin embargo, que no haya tenido también resistentes frentes de oposición. Los grandes diarios nacionales no quedaron afuera de este clima militarista, que también contribuyeron a crear desde sus páginas, plegándose a la campaña de legitimación del nuevo régimen.

En la redacción de Clarín ya estaban informados que el 24 de marzo tendría lugar el golpe, pero dado el horario elegido por los militares para llevarlo a cabo, el jefe de redacción Marcos Cytrynblum debió esperar hasta entrada la madrugada para terminar la tapa de la edición que se leería la mañana siguiente. El diario salió con la noticia del derrocamiento en tapa pero mezclada con las informaciones contenidas en el interior de la edición (actividad de los partidos políticos y de los ministros de gobierno, declaraciones antigolpistas de la CGT, las 62 organizaciones y la conducción del Partido Justicialista) que remitían a la anterior situación política. El cruce de temporalidades y momentos que tienen lugar en esta edición del diario queda asimismo de manifiesto en la solícita titulada “Al Pueblo Argentino” y firmada por las 62 Organizaciones, en la que se puede leer,

“El país asiste absorto a una de las más curiosas campañas de promoción golpista que registra a lo largo de toda su historia. Como respondiendo a un mecanismo sincronizado de relojería, casi todos los más importantes medios periodísticos, desde hace más de una semana, se hallan empeñados en una desenfrenada competencia por anticipar pronunciamientos, definiciones y cambios, alentando desembozada y desprejuiciadamente la ruptura del orden constitucional (...) El movimiento obrero siente profundo respeto por sus Fuerzas Armadas (...) Sabe de sus valores y de la conciencia de Patria que los anima. Y porque conoce profundamente estas esencias invalorable, es que confía en la responsabilidad de ellas y en la fortaleza moral que les impedirá atentar contra la voluntad soberana de todo el pueblo argentino” (Clarín, 1976, marzo 24).

“Nuevo gobierno” fue el título de la nota de tapa principal de Clarín el día del golpe. El modo de informar propuesto por el diario en los días subsiguientes rehuyó toda identificación de las FFAA, como agente que llevó a cabo el derrocamiento del gobierno constitucional, ocultando el carácter golpista de la intervención militar. Como señala María Alejandra Vitale, “se destaca en los diarios y revistas de 1976 el recurrente empleo de recursos mitigadores que permitían ocultar a las FFAA como

agentes del derrocamiento o de otras medidas de naturaleza represiva” (Vitale, 2007: 6).

A modo de ejemplo, el editorial publicado por el matutino ese día se tituló “El gobierno ha cesado”, haciendo recaer la acción en la administración depuesta (Clarín, 1976 marzo 24: 6).

El golpe de Estado fue presentado como la resultante inevitable de un proceso de desgaste del gobierno peronista y no como lo que en realidad significaba, la ruptura del orden constitucional. La construcción discursiva producida por Clarín de los sucesos del 24 de marzo, hizo recaer la responsabilidad por la destitución en el propio gobierno de la viuda de Perón, presentando la intervención militar como un hecho inevitable. En las explicaciones aportadas por el matutino, la principal causa del golpe era la “inoperancia del gobierno”, como puede observarse en las interpretaciones aparecidas en los editoriales del 24, 25 y 26 de marzo de 1976, en las que se leía,

“Abrumado por la descomunal dimensión de las dificultades actuales y desconcertado por el fracaso sucesivo de las inocuas recetas intentadas para superar la crisis que en gran medida contribuyó a desatar, el gobierno asiste paralizado al derrumbe final de las esperanzas depositadas en él hace menos de tres años” (Clarín, 1976 marzo 24: 6)

“El Gobierno surgido el 25 de mayo de 1973 prefirió no atender esas justas críticas, persistiendo en el curso suicida que terminó por llevarlo a su desaparición (...) Su inexplicable adhesión a políticas que demostraron reiteradamente su inoperancia para resolver los problemas nacionales, lo fue despojando de la imprescindible utilidad institucional que justificaba su existencia” (Clarín, 1976 marzo 25: 6)

“La persistencia en aplicar políticas que lo llevaban a la ruina despojó de toda utilidad práctica a su función institucional. Y así, en vísperas del cambio registrado el 24 de este mes, el gobierno se había reducido al límite de una simple abstracción legal” (Clarín, 1976 marzo 26).

El tópico de lo inevitable, orientado también a quitar responsabilidad a las FFAA en el golpe de Estado, presentaba al hecho de un modo deshistorizado, como un acontecimiento que inexorablemente debió su-

ceder, lo cual se observa en el editorial del 25 de marzo, titulado “Un final inevitable” y en el que se recurre al empleo de este recurso explicativo. A su vez, entre las operaciones discursivas empleadas por el matutino, para legitimar la intervención militar, destaca la constante apelación a eufemismos para referirse al derrocamiento del gobierno constitucional. Algunas de las palabras con las que el diario más frecuentemente se refirió al golpe fueron cambio, paso trascendental, reemplazo, interrupción, movimiento, sustitución de autoridades, nuevo gobierno, asunción de las FFAA, relevo, desmoronamiento, cese, caída, reemplazo de un régimen agotado.

A su vez, la estrategia discursiva de Clarín destinada a legitimar el golpe supuso, entre otras operaciones, invocar la teoría del “vacío de poder”, aludir al argumento del “caos económico y social” y citar, magnificándolo, el peligro de la amenaza de la “subversión terrorista”. El discurso del diario se construyó en base a un “destinatario positivo” y su correspondiente “destinatario negativo” o “contradestinatario” (Verón, 1987).

El primero, lo constituyeron las FFAA, cuya acción, señalaba, “se ha caracterizado por una ponderada precisión de la que ha estado ausente la prepotencia revanchista o la innecesaria utilización de la fuerza” (Clarín, 1976 marzo 26: 8). La narración de los acontecimientos presentó a las FFAA como las garantes del orden y la integridad nacional y como una institución puesta al servicio del bien común de la nación. En contraposición, el destinatario negativo lo constituyó el “delincuente subversivo”, la “corrupción” del gobierno saliente y la “inoperancia” manifiesta de los restantes actores políticos, los cuales se ubicaron en el relato propuesto entre los causantes y culpables de la crisis nacional.

A través de sus páginas, Clarín reprodujo el discurso mesiánico y refundacional enarbolado por las FFAA, que destacaba su rol como garantes de los principios, valores y normas constitutivas de la nación. En el contexto de marzo de 1976 y durante toda la dictadura, el matutino justificó el golpe de Estado con base en lo que algunos autores han denominado como el “mito de la nación católica”, haciendo referencia a la construcción ideológica que postula como criterio de legitimidad de un gobierno la búsqueda del bien común de acuerdo con los principios de la doctrina cristiana (Di Stefano y Zanatta, Loris, 2000). En este esquema, como recoge un editorial del diario, del documento saliente de la asamblea plenaria del Episcopado, “la justificación histórica del proceso que

vive nuestro país no sólo se fundamenta por el término que puso a una determinada situación de cosas, sino también por la implementación adecuada a su acción política en la prosecución del bien común de toda la nación” (Clarín, 1976 mayo 6). Según los términos en que el diario entendía la situación nacional, profundamente imbuidos de la retórica nacionalista y católica, la intervención de las FFAA había puesto fin a una crisis que amenazaba “disgregar de modo irreparable el ser nacional” (Clarín, 1976 marzo 25: 6). Los militares procesistas serían los encargados de velar por el orden, el resguardo y el respeto de los valores nacionales, profundamente occidentales y cristianos.

Ligado a esto, una consideración particular merece el modo en el que el diario informó acerca del accionar militar para intervenir en la situación política nacional. Planificación, sobriedad, serenidad, austeridad, modestia, responsabilidad, consciencia, medida, precisión, racionalidad fueron las ideas-fuerza que atravesaron las crónicas que el matutino publicó durante estas jornadas. En su ponderación de las FFAA, Clarín se esforzó en convencer a la opinión pública de que la instauración del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional no alteraría la realidad cotidiana de la población y que la destitución del gobierno peronista auguraba un cambio positivo. A los dos días de producido el golpe, el matutino expresaba en su volanta “Total normalidad” y destacaba que “las tareas normales de la población fueron apenas interrumpidas y sólo se mantienen restricciones indudablemente necesarias (...)

La sobriedad impresa a la acción militar ha contribuido a obtener este resultado y a crear la imagen de un ejercicio sereno del poder” (Clarín, 1976 marzo 26: 8). La lectura retrospectiva de las ediciones de Clarín del 25 y 26 de marzo de 1976 expone manifiestamente la contradicción de los titulares y las informaciones a lo largo de las páginas, en las que se puede leer: “Las Fuerzas Armadas ejercen el gobierno”, “Total normalidad”, “Fueron suspendidas las actividades políticas y gremiales”, “Intervinieron la C.G.T y la C.G.E y la Cruzada Justicialista”, “Hay total normalidad”, “Reabrieron teatros y cines”, “Normalización”, “Se reanudan las clases primarias y funcionarán los bancos”, “La ciudad volvió a su ritmo”, “No hay dificultad en el abastecimiento”. El diario cerraba el editorial de esos primeros tres intensos días, expresando sin tapujos que “el reemplazo del elenco gubernativo y la sustitución de un régimen agotado,

abren perspectivas en las que es dable depositar la hasta ahora defraudada confianza de los argentinos” (Clarín, 1976 marzo 26: 8).

La legitimación del accionar castrense por parte del diario también tuvo lugar a través de la desacreditación de los planes políticos que incluían alguna instancia de traspaso legal del poder para salir de la crisis. Ya en oportunidad del mensaje dado por el presidente de la UCR, Ricardo Balbín el 16 de marzo, Clarín había señalado “la creciente desorientación de muchos dirigentes políticos oficialistas y opositores” que, como el político radical, proponían “multisectoriales parlamentos como solución de nuestros males” (Clarín, 1976 marzo 18: 6). Luego del golpe y siguiendo esta misma línea, el matutino acusó a la clase política de procurar “componendas inoperantes orquestando multipartidarias reuniones que fracasan incluso antes de que puedan realizarse” y arguyó que “la irrealidad domina todas esas maquinaciones destinadas a concertar acuerdos electorales que aseguren otro término de vida a dirigentes perimidos y a partidos obsoletos” (Clarín, 1976 marzo 25: 6). Estas expresiones formaron parte de la crítica que el medio gráfico había emprendido meses atrás contra los partidos políticos, referidos en sus páginas como la “partidocracia” y que se extenderá hasta por lo menos 1981.

Prensa y dictadura

El mismo día del derrocamiento del gobierno peronista, los militares anunciaron que las actividades políticas se encontraban inmediatamente suspendidas. Sin embargo, “como se verá más adelante, con el correr de los meses fue recreándose un cierto espacio político, reducido y manipulado por las FFAA, que permitió generar franjas de consenso” (Yanuzzi, 1996: 49). La caracterización del marco de funcionamiento que rigió durante la dictadura para los partidos políticos, expuesta por María de los Ángeles Yanuzzi, presenta algunas coincidencias importantes con la situación de la censura que pesaba sobre los medios de comunicación. Para el caso de estos, al igual que otras garantías constitucionales, el ejercicio de la libertad de prensa fue suprimido durante el gobierno militar, profundizando el andamiaje legal censor que había sido impuesto desde 1974. Como señala Andrés Avellaneda, “las disposiciones y los decretos-leyes que traducen [el discurso de censura cultural] se entrecruzan semánticamente y engendran prácticas prescriptivas que se van organizando por contaminación y por inclusión” (Avellaneda, 1986: 13).

El mismo 24 de marzo, la Junta Militar se expidió acerca de las restricciones que pesarían sobre los medios en el Comunicado N° 19, el cual afirmaba que sería

“reprimido con la pena de reclusión por tiempo indeterminado el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare comunicados o imágenes provenientes o atribuidas a asociaciones ilícitas o a personas o a grupos notoriamente dedicados a actividades subversivas o de terrorismo. Será reprimido con reclusión de hasta 10 años el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare noticias, comunicados o imágenes con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar la actividad de las fuerzas armadas, de seguridad o policiales” (Varela, 2001: 51).

Asimismo, en los albores del “Proceso”, la Junta estipuló condiciones sumamente restrictivas para la producción, circulación y consumo de la información. Durante las primeras semanas después del golpe funcionó en la Casa Rosada una oficina eufemísticamente denominada “Servicio gratuito de lectura previa”, donde un grupo de militares se haría responsable de leer y autorizar aquello que los diarios podían publicar. Como explica el jefe de redacción Marcos Cytrynblum, en una entrevista hecha por Jorge Halperín, el sistema pronto se volvió impracticable, porque resultaba “imposible que pudieran leer todo el material de los diarios a tiempo, como para que los diarios llegaran a los kioscos a un horario prudente para que los lectores los pudieran leer” (Halperín, 2007: 153). El control directo sobre lo publicable quedó pronto sin validez. No obstante la Junta sancionó una serie de comunicados, memorándums y recomendaciones informales que limitaban el oficio informativo.

Entre estos, el 22 de abril de 1976, en un documento de la Secretaría de Prensa y Difusión de la presidencia de la nación titulado “Principios y procedimientos”, se prohibía informar, comentar o hacer referencia alguna a temas relacionados con “episodios subversivos, hallazgos de cadáveres, secuestros, desapariciones, muertes de elementos sediciosos y asesinatos de militares, policías o agentes de seguridad” a menos que provinieran de fuente oficial, con el argumento de que cualquier información de otro origen podía ser una forma de propaganda para las organizaciones armadas. Asimismo, se “recomendaba” “eliminar la propagación de opiniones de personas no autorizadas para dar opiniones sobre sujetos de interés

público”, señalándose que los periodistas que violasen estos principios y procedimientos serían castigados con la encarcelación.

De acuerdo con el programa de “saneamiento moral” de la sociedad emprendido por la dictadura, como parte de su anhelo refundacional del país, las FFAA enviaron a cada medio de comunicación un documento con los lineamientos con los que tendría que cumplir la comunicación mediática desde entonces, relativos a la “restitución de los valores fundamentales de la sociedad, la defensa de la familia, promover la cultura nacional, dar a la juventud modelos sociales compatibles con aquellos valores, erradicar los estímulos al sensualismo y a la violencia delictiva” (Clarín, 1976 abril 22: 2).

Como forma de presionar sobre los medios de comunicación, coartando su libertad para informar, el régimen autoritario ordenó la intervención de canales de televisión y radios, expropió, clausuró en forma temporaria y definitiva revistas y periódicos, encarceló, secuestró, hizo desaparecer y asesinó a periodistas y editores. Censura y represión contribuyeron a poner en marcha la llamada autocensura, el principal mecanismo por el cual los medios de comunicación acataron las órdenes de los militares golpistas, omitiendo ciertas informaciones y evitando abordar aquellos “temas sensibles” para el “proceso”.

Las FFAA reconocieron desde un principio la importancia de los medios de comunicación, a la hora de volver legítimo el régimen ante los ojos de la opinión pública. y para eso emprendieron un denodado esfuerzo por imponer la forma que tendría la comunicación política durante su gobierno, siempre atenta a los principios de la Doctrina de Seguridad Nacional en la que se amparaban. En este afán, el 15 de septiembre de 1980, la Junta promulgó el decreto-ley n° 22285 por el cual se regirían los servicios nacionales de radiodifusión. Un segundo capítulo, que regulaba el contenido de las emisiones, estaba orientado al programa de reforma moral y cultural que enarbolaban las FFAA y fue formulado en consonancia con los principios de la Doctrina de Seguridad Nacional, prescribiendo que “el tratamiento de la información deberá evitar que el contenido de esta o su forma de expresión produzca conmoción pública o alarma colectiva. La información no podrá atentar contra la seguridad nacional, ni implicar el elogio de actividades ilícitas o la preconización de la violencia en cualquiera de sus manifestaciones” (Ley de Radiodifusión 22.285).

A los pocos días del golpe, las nuevas autoridades comprendieron que para crear la imagen de libertad y pluralismo, que hiciera aceptable la imposición de la vasta transformación de la sociedad que pretendían, era necesario que la prensa tuviera un espacio para la crítica. Por esa razón, afirma Borrelli, “pese al contexto dictatorial, existió una esfera de opinión pública, reducida y controlada, pero lo suficientemente dinámica como para ir evaluando críticamente al “proceso” a medida que su derrotero se hiciera cada vez más errabundo” (Borrelli, 2010: 12). En el intento de crear una buena imagen del régimen y de hacer “presentables” sus rasgos autoritarios, las intervenciones de Videla y de otros altos mandos de las FFAA, respecto a la prensa, se orientaron a mostrar un clima de apertura y tolerancia, señalando que “lejos de nuestro ánimo y espíritu estaría pensar en tener una prensa complaciente y no objetiva”, reconociendo el “valor trascendente de la prensa” ya que ella y “el acceso libre a todas las fuentes de información (...) es una forma de afirmar nuestro sentido y concepción democrática de la vida” (Clarín, 1976 mayo 13: 2).

Clarín también se manifestó en repetidas ocasiones acerca de la libertad de prensa, en el marco del régimen autoritario, señalando “el progresivo retorno a la normalidad en todos los órdenes y la fluida comunicación entre el gobierno y los diarios que han reducido la censura al cumplimiento de normas indicativas” (Clarín, 1976 abril: 1). En un afán claramente justificatorio de su accionar periodístico, que aceptaba rigurosamente las limitaciones a la información impuestas por el “proceso”, el matutino observó en su espacio editorial que

“la prensa argentina ha aceptado la necesidad de la vigencia de ciertas restricciones que resultan indispensables en los momentos difíciles que vive la nación. Lo ha hecho porque es consciente de que ella debe también efectuar su aporte al combate contra la subversión. En tal sentido, la prensa nacional no tiene dificultades con un gobierno que persigue idénticos fines. (...). Dentro de este contexto, mal puede hablarse de prensa amordazada o de inexistencia de adecuadas garantías para el ejercicio de la tarea de informar” (Clarín, 1976 agosto: 6).

Las “reglas del juego”, como llamó Clarín a las pautas que definieron los límites a la información durante la dictadura, fueron objeto de análisis de varios de sus editoriales, en los que se esgrimió el “peligro de la subversión” como principal justificatorio para autocensurar su labor informativa, seña-

lando que “en tiempos de guerra la prensa recorta voluntariamente su derecho a informar hasta los límites en que esa información puede ser eventualmente utilizada por el enemigo. El Estado mismo, si el caso fuera, fija las “reglas del juego” (Clarín, 1976 diciembre 26: 6).

El acercamiento y la buena comunicación que la dictadura decía querer establecer con los medios de difusión nacionales no se limitó al mero intercambio público de elogios. Como en otros casos, la Junta buscó granjearse el apoyo de un sector de la prensa nacional, así como beneficiarse de un negocio económico altamente rentable, a través de la concesión de ciertas prebendas del Estado que terminaron operando como “cuasi rentas de privilegio” para los beneficiados en los acuerdos (Castellani, 2004: 177). El abastecimiento de papel prensa era, y lo había sido durante décadas, uno de los problemas principales con los que debía lidiar la prensa gráfica argentina. El carácter importado de este indispensable insumo, y las siempre cambiantes políticas comerciales y arancelarias del Estado argentino, junto con los vaivenes de la moneda nacional, conformaban un escenario de fuerte inestabilidad en la compra de papel, y lo convertían en un punto frecuente de conflicto entre las empresas periodísticas y los sucesivos gobiernos, que en reiteradas oportunidades utilizaron el acceso al preciado bien como un modo de presión o de castigo.

Recuperando un proyecto iniciado durante el onganato y llevando a cabo un viejo anhelo de los diarios nacionales, la dictadura militar ofreció a los diarios Clarín, La Nación, La Razón y La Prensa, por entonces los de mayor tirada a nivel nacional, asociarse con el Estado en la compra del paquete accionario de la empresa Papel Prensa S.A, propiedad de David Graiver, muerto a mediados de 1976 en un sospechoso accidente de avión y quien se desempeñaba como “banquero” de los dineros obtenidos por la agrupación Montoneros en sus actividades ilícitas (Ramos, 1993; Llonto, 2007; Borrelli, 2008^a). Finalmente, la operación se concretó el 18 de enero de 1977, sin que La Prensa aceptara participar del negocio. La adquisición de las acciones de Papel Prensa, cuya planta productora fue inaugurada el 27 de septiembre de 1978, “puso de relieve un tipo de relación entre las empresas periodísticas y el Estado, que si bien no era novedosa en los vínculos más generales entre empresas privadas y administración pública, fue el inicio remoto de una nueva etapa para las empresas periodísticas: la conformación de grandes grupos empresariales con intereses diversificados” (Borrelli, 2008^a: 7).

La posición editorial, entre el desarrollismo y la consolidación empresarial

El negocio de Papel Prensa que asoció a Clarín al Estado dictatorial influyó sin lugar a dudas en las posiciones editoriales adoptadas por el matutino respecto del “proceso”. No obstante, este no puede ser el único elemento a tener en cuenta para evaluar el tratamiento otorgado por el diario a determinados aspectos del régimen, y sería correcto afirmar que, al menos entre 1976 y 1980, la posición adoptada por Clarín estuvo asimismo fuertemente influenciada por la línea adoptada por el MID.

Cabe destacar que el MID fue el único partido nacional que se abocó sin reparos a apuntalar al régimen militar, celebrando su advenimiento y su programa refundacional, en particular en el terreno de lo que los militares llamaron la “guerra sucia contra la subversión”. Este partido interpretó al Proceso de Reorganización Nacional como el advenimiento de una “revolución nacional”, términos que replicará en sus páginas el diario de Noble (MID, 1981: 97). Esto se observa, por ejemplo, en un editorial de noviembre de 1976, en el que el matutino ofrecía dicha caracterización del gobierno militar y exponía algunas exigencias al régimen, fuertemente ancladas en el ideario desarrollista, señalando que

“El hecho revolucionario no reconoce plazos medidos en tiempo, sino en objetivos alcanzados. Desde vencer definitivamente a la subversión hasta poner en manos del Estado el monopolio de la fuerza represiva. Desde afirmar el ser nacional hasta la reestructuración del aparato administrativo del Estado. Desde sanear las finanzas públicas hasta crear las bases materiales del desarrollo autosostenido. En ese marco, sobrevendrá la nueva institucionalidad que será ampliamente democrática, representativa, republicana y federal. Todo ello en términos de un país lanzado hacia su integración nacional por medio de las políticas de desarrollo puestas en marcha” (Clarín, 1976 noviembre 2: 6).

Durante la dictadura, el MID elaboró un discurso en el cual, apropiándose del lugar del saber, se permitía indicar cuál debía ser el supuesto rumbo a adoptar por la llamada “revolución nacional”. En este esquema, *Clarín* desempeñó un rol fundamental, haciéndose eco de cada una de las expresiones de las figuras del MID, destacándose al respecto las del expresidente Frondizi y Rogelio Frigerio, así como reproduciendo en sus edito-

riales, incluso literalmente y sin citar, aquellos principios y recomendaciones propuestas por los ideólogos del MID al gobierno de *facto*.

No obstante, el apoyo otorgado por el MID al régimen y a sus políticas pareció estar condicionado a la implementación del programa económico desarrollista, y se fue diluyendo conforme el rumbo económico trazado por el ministro Martínez de Hoz se oponía a las premisas industrialistas, intervencionistas y nacionalistas de los hombres del partido. De acuerdo con la línea adoptada por el desarrollismo nacional, el diario de Noble mezcló el discurso apologético respecto de la “lucha antisubversiva” y los planes políticos del “proceso” con el admonitorio y crítico para caracterizar la política economía liberal. La relación entre Clarín y el desarrollismo fue, durante los años analizados, una identificación que trascendió incluso la alianza entre el medio gráfico y el MID, como quedó de manifiesto en 1982, tras la salida de los hombres del partido de la redacción. No obstante y a pesar del carácter doctrinario del desarrollismo profesado por el medio gráfico, el ideario basado en las banderas de la independencia económica, el aumento de la capacidad industrial y la creación de un potente mercado interno que impulsara el desarrollo nacional, constituyó un cuerpo de ideas plausible de adaptación a las necesidades y los intereses del diario, en particular respecto de aquellas surgidas de su permanente crecimiento empresarial.

A modo de conclusión: hacia una explicación de los vaivenes editoriales de Clarín

Entre 1973 y 1976, Clarín mantuvo una férrea adhesión al ideario desarrollista y una coincidencia con la postura del MID. Pero sus cambiantes posicionamientos respecto de los sucesivos gobiernos que condujeron el país no se explican mecánicamente por esta alianza con el partido de Frondizi. A la “primavera” representada por la administración de Cámpora, le siguió un paulatino distanciamiento de la gestión oficial, particularmente en el terreno de la política económica. Las medidas cada vez más restrictivas tomadas durante el breve gobierno de Perón y el gradual endurecimiento de éste, incrementado luego de la muerte del anciano líder, implicaron una serie de rupturas en las relaciones entre el mundo periodístico y el Poder Ejecutivo.

La censura, las prohibiciones de todo tipo, la amenaza y el ejercicio de la violencia contra periodistas se convirtieron en parte de la vida de las redacciones. La salida del MID del FREJULI terminó por marcar el viraje del diario hacia la oposición. La opción castrense sólo se convertirá en algo deseable en las páginas del matutino durante el verano de 1976, aunque los militares ya eran uno de los protagonistas indiscutidos de las crónicas diarias. La construcción discursiva favorable a la intervención militar constituyó un proceso gradual pero que se vio acelerado a fines de febrero y que ya para marzo adquirió los rasgos que lo caracterizaron durante los primeros años del “proceso”, en los que Clarín dio su aval a los principales objetivos del régimen y exaltó a sus principales portavoces.

Este derrotero pone de manifiesto la complejidad inscrita detrás de los posicionamientos editoriales del medio gráfico analizado, anclados también en la necesidad de conservar y aumentar constantemente el número de lectores y los beneficios económicos provenientes de las ventas, y el modo en que estas posturas se inscribieron en inestables tramas de alianzas entre los grupos de poder civiles y militares que compartieron la convulsionada escena política de la última dictadura.

Referencias bibliográficas

- Avellaneda, Andrés (1986). **Censura, autoritarismo y cultura: Argentina 1960-1983** (tomo 1). Buenos Aires, CEAL.
- Borrelli, Marcelo (2008). Hacia el “final inevitable”. El diario Clarín y la “caída” del gobierno de Isabel Perón (1975-1976). Tesis de Maestría en Comunicación y Cultura. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Borrelli, Marcelo (2008^a). “Una batalla ganada’: el diario *Clarín* frente a la compra de Papel Prensa por parte de los diarios *La Nación*, *Clarín* y *La Razón* (1976-1978)”, **Papeles de trabajo**. Año 2, n° 4, Buenos Aires.
- Castellani, Ana (2004). “Gestión económica liberal-corporativa y transformaciones en el interior de los grandes agentes económicos de la Argentina durante la última dictadura militar”, en Pucciarelli, Alfredo (coord.), **Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura militar**. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Di Stefano, Roberto y Zanatta, Loris (2000) **Historia de la Iglesia argentina desde la conquista hasta fines del siglo XX**. Buenos Aires, Mondadori.

- Díaz, César (2002). **La cuenta regresiva. La construcción periodística en el golpe de 1976**. Buenos Aires, La Crujía.
- Halperín, Jorge (2007). **Noticias del poder. Buenas y malas artes del periodismo político**. Buenos Aires, Aguilar, 2007.
- Junta Militar (1980). **Documentos básicos y bases políticas de las Fuerzas Armadas para el Proceso de Reorganización Nacional**, Buenos Aires. Disponible en: <http://www.ruinasdigitales.com/> (Consulta: 2012, marzo 5)
- Ley N°20840/74. Disponible en <http://www.infoleg.gov.ar/infolegInternet/anexos/70000-74999/73268/norma.htm>. (Consulta: 2012, junio 26).
- Ley N°22285/80 (Ley de Radiodifusión. Disponible en <http://www.comfer.gov.ar/leyderadiodifusion22285.php> (Consulta: 2012, enero 20).
- Llonto, Pablo (2007). **La Noble Ernestina**. Buenos Aires, Punto de Encuentro.
- López, José Ignacio (2008). **El hombre de Clarín. Vida privada y pública de Héctor Magnetto**. Buenos Aires, Sudamericana.
- MID (1981). “Memorándum N°1”, en **La crisis argentina**, Buenos Aires.
- Mochkofsky, Graciela (2011). **Pecado original. Clarín, los Kirchner y la lucha por el poder**. Buenos Aires, Planeta.
- Ramos, Julio (1993). **Los cerrojos a la prensa**. Buenos Aires, Amfin.
- Varela, Mirta (2001) “Los medios de comunicación durante la dictadura: entre la banalidad y la censura”, en *Camouflage Comics. Censorship, Comics, Culture and the Arts*. Disponible en: <http://www.camouflagecomics.com> (Consulta, 2012: febrero 25)
- Verón, Eliseo (1987). “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”, en Verón, E. y otros, **El discurso político. Lenguaje y acontecimientos**. Hachette, Buenos Aires.
- Vezzetti, Hugo (2002). **Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en Argentina**. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Vitale, María Alejandra (2007). “Memoria y acontecimiento. La prensa escrita argentina ante el golpe militar de 1976”, en Vallejos, P. (coord.), **Los Estudios del Discurso: nuevos aportes desde la investigación en la Argentina**. Editorial de la Universidad Nacional del Sur. Disponible en: www.historiapolitica.com (Consulta: 2012, febrero 20)
- Yanuzzi, María de los Ángeles (1996). **Política y dictadura**. Rosario, Fundación Ross.

Referencias de prensa:

Editorial (1945, agosto 28) **Clarín**, p. 10

Editorial “Una clara definición” (1976, enero 25) **Clarín**, p. 6.

- Editorial “El gobierno ha cesado” (1976, marzo 24) **Clarín**, p.6.
- Editorial “Un final inevitable” (1976, marzo 25) **Clarín**, p.6.
- Editorial “Un buen punto de partida” (1976, marzo 26) **Clarín**, p. 8.
- Editorial “El bien común” (1976, mayo 18) **Clarín**, p. 6.
- Editorial “Lo hora de la seriedad” (1976, marzo 18) **Clarín**, p.6.
- Editorial “La prensa argentina” (1976, agosto 2) **Clarín**, p. 6.
- Editorial “Función de la prensa” (1976, diciembre 26) **Clarín**, p. 6.
- Editorial “Disolverse y transformarse” (1976, noviembre 2) **Clarín**, p.6.
- “Se agotan todas las instancias” (1976, marzo 15) **Clarín**, p. 8
- “La ausencia del Parlamento” (1976, marzo 16) **Clarín**, p. 10)
- “El agotamiento del proceso” (1976, marzo 19) **Clarín**, p.8
- “Una semana decisiva” (1976, marzo 22) **Clarín**, p. 9 “Hasta los ‘mangueros’ han desaparecido del Congreso” (1976, marzo 23) **Clarín**, p. 8.
- Clarín**, 1976, marzo 24.
- Clarín**, 1976, mayo 13.
- “El gobierno y los diarios” (1976, abril 22) **Clarín**, p. 2.